



*Brevísima historia
de las pandemias*
Meditaciones sobre economía
y escritura, guerras y pestes

Rodrigo Garza • Rosa Esther Delgadillo
Nayeli Reyes • Alberto Vital



CEPE
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers
RECTOR

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas
SECRETARIO GENERAL

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda
SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Dr. Francisco José Trigo Tavera
COORDINADOR DE RELACIONES Y ASUNTOS INTERNACIONALES

CENTRO DE ENSEÑANZA PARA EXTRANJEROS

Dr. Domingo Alberto Vital Díaz
DIRECTOR

Mtra. Ileana B. Lugo Martínez
SECRETARIA GENERAL

Mtro. Luis Miguel Samperio Sánchez
SECRETARIO ACADÉMICO

BREVÍSIMA HISTORIA DE LAS PANDEMIAS

*Meditaciones sobre economía y escritura,
guerras y pestes*

Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Enseñanza para Extranjeros (CEPE)

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Garza Arreola, Rodrigo, autor. | Delgadillo Macías, Rosa Esther, autor. | Reyes Romero, Nayeli, autor. | Vital, Alberto, autor. | Araujo Cruz, Clara, fotógrafo.

Título: Brevísima historia de las pandemias : meditaciones sobre economía y escritura, guerras y pestes / Rodrigo Garza Arreola, Rosa Esther Delgadillo, Nayeli Reyes Romero, Alberto Vital ; fotografías, Clara Araujo.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Enseñanza para Extranjeros, 2023.

Identificadores: LIBRUNAM 2210275 | ISBN 9786073069656.

Temas: Epidemias -- Historia. | Epidemias -- Aspectos sociales -- Historia. | Epidemias -- Aspectos económicos -- Historia. | Peste negra. | Influenza H1N1. | Pandemia de COVID-19, 2020- . | Epidemias -- Libros de texto para extranjeros.

Clasificación: LCC RA649.G377 2023 | DDC 614.49—dc23

BREVÍSIMA HISTORIA DE LAS PANDEMIAS
Meditaciones sobre economía y escritura, guerras y pestes

Rodrigo Garza Arreola
Rosa Esther Delgadillo
Nayeli Reyes Romero
Alberto Vital
(AUTORES)

Fotografías de portada y collage de interiores
© Clara Araujo

© Centro de Enseñanza para Extranjeros (CEPE), 2023

Diseño:
© Sergio A. Santiago Madariaga
maquinahamlet@gmail.com

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en México / Printed in Mexico

ISBN 978-607-30-6965-6

BREVÍSIMA HISTORIA DE LAS PANDEMIAS

*Meditaciones sobre economía y escritura,
guerras y pestes*

Rodrigo Garza Arreola
Rosa Esther Delgadillo
Nayeli Reyes Romero
Alberto Vital



CEPE
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

Este trabajo es resultado principal del proyecto de investigación PAPIIT: "Enseñanza de lenguas, literatura y teatro aplicados: investigación transdisciplinaria e intervención social en tiempos de pandemia" (Clave IN401021), otorgado por la Dirección General del Personal Académico (DGAPA), de la UNAM, al que los editores agradecen el apoyo recibido para su realización.

ÍNDICE

PREFACIO | 11

PERICLES (SIGLO IV A. C.): TRAGEDIA, GUERRA Y DEMOCRACIA.
HOMERO, ESQUILO, SÓFOCLES, INÉS ARREDONDO | 13

LA PESTE ANTONINA (165-192 D. C.): MARCO AURELIO.
MEDITACIONES. GALENO Y MICHEL FOUCAULT | 23

LA PESTE DE JUSTINIANO (SIGLO VI D. C.): PROCOPIO EL HISTORIADOR.
CORPUS ROMANO | 35

LA PESTE NEGRA (1348, SIGLO XIV): JUAN RULFO. *EL DECAMERÓN*.
MARGUERITE YOURCENAR. *¿POR QUÉ FRACASAN LOS PAÍSES?* | 47

LA VIRUELA EN EL NUEVO MUNDO. LA EPIDEMIA DEL SIGLO XVI: FRAY
BERNARDINO DE SAHAGÚN Y SUS INFORMANTES. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO.
ALFREDO LÓPEZ AUSTIN | 63

LA PESTE DE LONDRES (SIGLO XVII) Y LA FIEBRE "ESPAÑOLA" (1918-1923):
DANIEL DEFOE. LAURA SPINNEY. JOSÉ SARAMAGO. VICENTE QUIRARTE | 75

EL SÍNDROME DE INMUNODEFICIENCIA ADQUIRIDA (1985-ACTUALIDAD):
MARTHA NUSSBAUM. ALLAN BLOOM. SAUL BELLOW. MICHEL FOUCAULT.
JORGE CANTÚ DE LA GARZA. PEDRO LEMEBEL | 85

INFLUENZA H1N1 (2009). CRISIS FINANCIERA: SAUL BELLOW. ALBERTO VITAL.
RENÉ GIRARD | 97

COVID-19 (2019-2022): SURGIMIENTO, IMPACTO, VACUNAS | 107

TRES PESTES PERSISTENTES: LA SED DE VENGANZA. LA CORRUPCIÓN.
EL NARCISISMO COMO FANATISMO | 119

LAS PANDEMIAS MÁS LETALES DE LA HISTORIA | 129

BIBLIOGRAFÍA | 138

ÍNDICE ONOMÁSTICO 143

PERSONAJES 143

OBRAS 144

PERSONAS 144

FOTOS | 148

En memoria de Irene Arreola de Garza,
doctora y madre amorosa
(17 de enero de 1937 - 9 de mayo de 2022).

En memoria de Claudia Vital Michel,
hija, hermana, esposa, madre y profesionista ejemplar
(28 de octubre de 1980 - 22 de febrero de 2022).

PREFACIO

Una fuente fidedigna lo confirma: cada día la humanidad se levanta para producir riqueza suficiente. Dicha riqueza debería alimentar a todas las personas, ofrecer acceso a la salud y a la educación y constituir mercados para la alimentación, la vivienda y otros servicios que les garantizaran un mínimo de bienestar a todas nuestras fases de crecimiento, especialmente la infancia.

Propósitos en salud, educación y otras tareas y valores esenciales se consagran en documentos históricos de la Organización de las Naciones Unidas y otras instancias desde por lo menos 1948 con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, hasta 2003 con las Metas del Milenio y 2015 con los Acuerdos de París.

Factores específicos atentan a diario contra ellos, pese a que tales propósitos decantan y ponen por escrito la vocación internacional de vencer experiencias traumáticas como guerras, pestes, hambrunas y, en últimos tiempos, la emergencia climática.

Un factor son los vertiginosos contagios colectivos que azotan a nuestra especie desde tiempos difíciles de medir y que provocan contratiempos, desánimos, incertidumbres, gastos, pérdidas, dolor y muerte. El presente libro propone que repasemos diez de las pandemias, epidemias o endemias más importantes de los últimos tres mil años desde la perspectiva de la cultura: economía, sociedad, artes de la palabra y de la imagen, entre otras. Después de todo, las enfermedades de contagio colectivo y su posible solución involucran, sí, a la epidemiología y a los sistemas sanitarios, a laboratorios y a mecanismos de distribución y asimismo a quienes buscamos comprender las conductas desde los miradores de las disciplinas sociales y, en general, humanísticas.

Significativamente, ya al inicio de la *Iliada* —una de las piezas fundadoras de Occidente— encontramos una temprana y perspicaz referencia a estas aciagas compañeras de nuestra condición, de las que no logramos librarnos todavía:

La cólera canta, diosa, del Pelida Aquileo,
funesta, que miríadas de dolores causó a los aqueos
y al Hades echó antes de tiempo a muchas almas valientes
de héroes, y a ellos mismos presas los volvió para perros
y aves rapaces todas. El designio de Zeus se cumplía
desde que primero se apartaron, habiendo altercado,
el Atrida, señor de hombres, y el divino Aquileo.
¿Quién de los dioses puso a ambos a combatir altercando?
El hijo de Leto y de Zeus, pues airado en contra del rey,
mala peste por entre el real excitó, y los pueblos morían
porque al Crises aquél, al orante, no honrara el Atrida.¹

De ese modo, nuestro libro podría denominarse *Brevísima historia cultural de las pandemias* con base en diez casos altamente representativos.

Al término del volumen incluimos una sucinta cronología de las máximas calamidades sanitarias de la historia.

Por lo demás, resulta estimulante el trabajo en equipo de cuatro docentes con espíritu didáctico: Rodrigo Garza Arreola, Rosa Esther Delgadillo, Nayeli Reyes Romero, Alberto Vital. Cada quien desde su experiencia y desde su formación y su pasión por la enseñanza y sus lecturas ha ido enriqueciendo las páginas que ahora tienen ustedes, lectores, entre las manos.

¹ Homero, *Iliada*. Introd., versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño (México: UNAM, 2005), 1.

PERICLES (SIGLO IV A. C.).

TRAGEDIA, GUERRA Y DEMOCRACIA

HOMERO, ESQUILO, SÓFOCLES, INÉS ARREDONDO

Precisamente la historia nos enseña, no sin sufrimiento, que cuatro (f)actores son cruciales durante una calamidad sanitaria:

- 1) las sociedades,
- 2) las élites gobernantes,
- 3) las comunidades de investigación, especialmente las biomédicas y, entre ellas, sobre todo las concentradas en la epidemiología y disciplinas adyacentes, y
- 4) los laboratorios y otras industrias farmacéuticas.

En tiempos de pandemia, epidemia o endemia, el bienestar colectivo depende de la adecuada organización y coordinación de estos cuatro (f)actores. De hecho, podría medirse el éxito y la viabilidad de un conjunto humano calibrando la manera como este cuarteto interactúa durante una emergencia sanitaria.

El inicio de la *Iliada* pone en escena a dos de ellos: las sociedades, encarnadas por los soldados que mueren, y las élites gobernantes, encarnadas por Aquiles (o Aquileo) y por su aliado-enemigo Agamenón el Atrida. El pasaje, que nos relata el enojo entre ambos, pone en primer plano uno de los grandes temas de nuestra especie y parece sugerir que las fracturas en las élites acarrearán consecuencias penosas para las multitudes. ¿Si arriba disputan y se distancian dos reyes o héroes divinos o semidivinos, abajo miles de personas caen en peligro? El “hijo de Leto y de Zeus” —esto es, Apolo— amplía los efectos de la ruptura.

El mundo antiguo, helénico, llamó *hybris* a las conductas que rompen el orden. La *hybris* es un exceso que lleva a la *hamartía*, al error trágico. Estos dos conceptos —*hybris* y *hamartía*— nos permiten entender causas y efectos de todas las épocas: la soberbia es *hybris*; la susceptibilidad extrema es *hybris*; la negación

apriorística de la otra persona o de la otra sociedad o de las evidencias es, asimismo, *hybris*.

La peste –la epidemia, la enfermedad colectiva– brota aquí como fruto del disenso entre dos figuras en posición y posesión de poder político y militar.

El disenso alcanza a la asamblea de divinidades, que aprovechan la crisis, exacerban sus propias disputas y multiplican los resultados negativos.

Después de Homero y sus dos obras fundadoras, el trágico Esquilo vuelve a poner la ecuación en el centro de las inquietudes griegas: los desajustes y las desarticulaciones en las élites gobernantes acaso facilitan las dolencias colectivas. La saga de Edipo incluye una peste sobre Tebas, un padre asesinado, una esposa-madre y una hija, Antígona, que nos representa aún hoy, más allá de los milenios.

La mitología griega posee un trasfondo que ha interesado a estudiosos y curiosos de todos los tiempos, entre ellos nuestro Alfonso Reyes: se trata de la lucha entre la barbarie que nos habita y los esfuerzos por dominarla mediante reglas, acuerdos e incluso deportes como guerras atemperadas –sin crueldad ni muerte– y géneros literarios y foros como cauces para el ejercicio de un derecho universal: la libre expresión. La *Antígona* de Sófocles exhibe la pugna entre las leyes de la ciudad y las leyes de la familia, y la entereza de la protagonista es paradigma de la resistencia de una ciudadana que sufre los efectos de contradicciones irresueltas, tal y como lo analizaron George Friedrich Hegel y George Steiner, entre otras figuras.

Filoctetes, asimismo de Sófocles, pone en escena el tercer (f)actor del cuarteto mencionado: el médico. Nuevamente la enfermedad aparece como un motor o motivo: nadie cura la herida que la diosa Hera causó en una pierna del flechador Filoctetes, y el pus y los olores causan desagrado y miedo entre los otros combatientes. El flechador, favorito de Heracles, se ve de pronto solo en la isla de Lemnos, hasta que el oráculo asegura que únicamente el arco de ese hombre dolido pondrá por fin término a la guerra de Troya. Odiseo encabeza una embajada que mediante ingenio humano y mandato divino persuade a Filoctetes y lo devuelve a la acción. Según diversas fuentes, el médico Podalirio cura al arquero, y éste lanza la flecha que da muerte a Paris y les pone el punto definitivo a las hostilidades. Podalirio es hijo de Asclepio, dios de la Medicina, y por sus buenas dotes curativas es eximido de entrar en combate: es modelo de todo el personal médico y sanitario y de todas las ambulancias, camillas, materiales higiénicos y asistentes que acompañan a la guerra por todas partes. Páginas abajo, el capítulo sobre la peste negra revisa brevemente las prácticas médicas en la Atenas clásica.

El rechazo a Filoctetes y sus olores parece sugerir la prevención humana ante un posible contagio. Esta pieza de Sófocles se presentó a certamen en el año 409 a. C. La guerra del Peloponeso entre atenienses y espartanos ocurrió entre 431 y 404 a. C. y tuvo una cúspide con la pavorosa peste de 430-426 a. C. y con la infección y muerte del gran Pericles y su familia en el año de 429 a. C.

Tucídides nos legó testimonios de un evento que lo afectó en carne viva, pues sufrió el contagio y tuvo la suerte de ubicarse entre los sobrevivientes. Según una hipótesis suya, la guerra habría sido hasta cierto punto preventiva (como milenios más tarde la invasión de Irak en 2003): Esparta receló de la hegemonía cultural y política de Atenas y de las alianzas que la polis de Pericles iba estableciendo con ciudades cercanas.

Cuando se degradan en celo, recelo o franca psicosis, las prevenciones son un impulso para la violencia. Aquellas alianzas insinuaban vientos bélicos, y el Peloponeso marcó el fin del esplendor ateniense, aunque la antigua metrópoli aún alcanzó la cima de la filosofía en Sócrates (470-399 a. C.), contemporáneo de la guerra y de Pericles, así como en Platón (427-347 a. C.) y Aristóteles (384-322 a. C.).

Platón nació en una de las mínimas treguas que la peste dio entre 430 y 426 a. C. Él y su filosofía pueden considerarse un magno empeño por sistematizar la vida pública mediante las leyes y mediante la comprensión de las formas de gobierno, sobre la base de una filia por el saber que transitaba desde una teoría del conocimiento y del amor hasta una cosmogonía y una propuesta de sistema de valores y de acceso a la verdad.

Las páginas de Tucídides sobre los días y años de la peste –posiblemente una fiebre tifoidea– enmarcan los aspectos más angustiosos de aquella época en que nació el futuro filósofo de los *Diálogos* y en que autores trágicos se esforzaban por entender y exponer los mecanismos profundos de la conducta y la acción humanas.

En el libro segundo de su *Historia de la guerra del Peloponeso*, Tucídides nos relata los efectos que la súbita epidemia causó entre los atenienses. Esas páginas cifran las reacciones que un acontecimiento de esa magnitud provoca aun hasta nuestros días.

El pasaje (II, 47-54) viene después de un célebre discurso de Pericles con ocasión de la ceremonia de homenaje a los caídos en los primeros meses de batalla (II, 35-46): la *Historia* va enlazando –como a propósito– la guerra, el tributo a los combatientes, la palabra memorable y la enfermedad masiva.

Recordamos el discurso de Pericles porque es una síntesis de los valores de la democracia y de la libertad:

Tenemos un régimen político que no envidia las leyes de los vecinos y somos más bien modelo para algunos [...]. Recibe el nombre de democracia porque se gobierna por la mayoría y no por unos pocos; conforme a la ley, todos tienen iguales derechos en los litigios privados, y respecto a los honores, cuando alguien goza de buena reputación en cualquier aspecto, se le honra ante la comunidad por sus méritos y no por su clase social; y tampoco la pobreza, con la oscuridad de consideración que conlleva, es un obstáculo para nadie, si tiene algún beneficio que hacerle a la ciudad. Practicamos la liberalidad tanto en los asuntos públicos como en los mutuos recelos procedentes del trato diario, y no nos irritamos con el vecino, si hace algo a su gusto [...].

En efecto, somos una ciudad abierta.²

El discurso alude a los beneficios del comercio y habla de una Atenas cosmopolita, pues no solamente consume lo propio, sino incluso (en mayor cantidad) aprecia aquello que llega a las copiosas mesas desde tierras distantes. Atenas es entonces una urbe internacional, una polis que hoy adjetivaríamos como interconectada.

Aun así, las amenazas a unas y a otro —a la democracia, a la libertad, a un comercio fluido— se materializaron en las penurias de muy pocos meses después; se trataba de la peste y sus desconciertos y peligros, entre ellos las acusaciones al propio Pericles: los atenienses sufrían una epidemia sin nombre y los estragos de una guerra a la que los había incitado su estrategia en jefe.

Las páginas sobre la peste hacen sentir la amarga sorpresa, la desesperanza, los intentos de alivio, los fracasos:

Tan pronto como empezó el verano, los peloponesios y sus aliados, es decir, las dos terceras partes, [...] invadieron el Ática [...], tomaron posición y asolaron las tierras.

A los pocos días de su estancia en el Ática comenzó a darse la peste entre los atenienses, y aunque se dice que la había habido antes aquí y allá, como en Lemnos y otros lugares, no se recordaba que hu-

² Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*. Ed. de Luis M. Macía Aparicio, libro II, caps. 37-39 (Madrid: Akal, 1989), 150-151.

biera habido en parte alguna epidemia tan extendida ni mortandad tan grande entre la población.³

La condición y la conciencia humanas se debaten una y otra vez entre los hechos inocultables y las causas imponderables, tal vez ocultas o confusas o complejas o tan sólo complicadas. En aquella Atenas de golpe enferma no había sitio para el negacionismo contemporáneo: los enfermos se caían en las calles; los médicos eran los primeros en morir; los deudos llegaban con su familiar aún tibio, lo arrojaban en la pira más próxima y se alejaban a toda prisa. Bajo aquellas circunstancias y a la vista de los efectos, quedaba preguntarse qué hechos se concatenaban con cuáles otros: ¿la peste con la guerra, con la llegada repentina de enemigos acaso portadores del mal, con el envenenamiento deliberado de los pozos del Pireo? La cadena de causas y consecuencias se construía con cautela y había que buscar aquellos puntos de indudable consenso, poniendo el pie —como en tierra firme— sobre evidencias de las que nadie dudara, por ver si desde ellas se construía una verdad en común:

Todo el mundo está de acuerdo en que el año en cuestión [430 a. C.] había resultado particularmente libre de otro tipo de dolencias, y si alguien padecía de antes alguna otra, vinieron a dar todas en ésta. A algunos sin síntomas previos, sino de repente, sanos como estaban, empezaba por cogerles una fiebre muy fuerte a la cabeza, enrojecimiento y ardor de ojos; por dentro, la garganta y la lengua se les ponían en seguida sanguinolentas y les salía un aliento fétido e irregular; tras estos síntomas, sobrevenían estornudos y ronquera y, al poco tiempo, descendía el mal al pecho, acompañado de violenta tos; y cuando se fijaba en el estómago, lo revolvía, y se producían entre grandes sufrimientos vómitos de todos los tipos de bilis catalogados por los médicos.⁴

El médico, tercer (f)actor decisivo ante una emergencia sanitaria, no podía entonces sino hacer conjeturas generales, en virtud de los muy insuficientes avances teóricos y prácticos acerca de la multitud de enfermedades que pueden asaltar a un ser humano. El único destino y el último recurso de los facultativos consistían

³ *Ibid.*, 156 (libro II, cap. 47). No olvidemos que *epidemia* significa “con referencia al pueblo” o “relativo al pueblo”: las comunidades enteras sufren las pandemias (“todo el pueblo o población”), las epidemias y por último las persistentes endemias (“en el pueblo” o “encima del pueblo”, procedente de *éndēmos*, “enfermedad que reside en una población”).

⁴ *Ibid.*, 156-157 (libro II, 49).

en arrimársele a la enfermedad y acaso perder la vida en un anónimo intento heroico:

Nada podían con su cuidado los médicos, por ignorancia en un principio, sino que eran precisamente ellos los que en mayor número morían, por ser también los que más se acercaban a la enfermedad, ni tampoco ningún otro procedimiento humano; por lo demás, resultaban también inútiles todas las súplicas en los templos y todas las consultas en oráculos y similares, así que acabaron por desentenderse de ello, vencidos por el mal.⁵

La crisis fue tan grande que provocó una pérdida de confianza en los valores fundadores de la sociedad ática y por supuesto en el liderazgo de Pericles e, incluso, en la democracia. Los ámbitos sociales y trascendentes se vieron afectados por igual:

Y los templos en que acampaban se encontraban llenos de cadáveres, pues morían allí mismo, porque, ante la prepotencia del mal, la gente, al no saber qué iba a ser de ella, se inclinó por el desprecio de lo divino y lo humano sin distinción. Y así se trastocaron todos los usos que antes guardaban respecto a enterramientos, y cada cual lo hacía como podía. [...]

La peste, sobre todo, marcó también en la ciudad el comienzo del desorden en otros aspectos.⁶

El *carpe diem*, el *seize the day*, es una creencia que flota por todos los imaginarios individuales y colectivos. Tucídides nos narra cómo el afán de disfrute sin pensar en el futuro se exacerbó entre personas que –aun sanas– se juzgaban al borde mismo de la muerte, pues veían cómo ricos y pobres se desplomaban junto a ellas, ancianos y jóvenes, mujeres y varones, robustos y enfermos.

Al otro extremo de la conciencia, la búsqueda de causas trazaba líneas mínimas de comprensión y entonces los refranes venían a las cabezas como síntesis de aquello que generaciones precedentes habían experimentado. Allí no había duda de que la epidemia y la guerra iban unidas:

Sumidos en esa desgracia, pasaban calamidades los atenienses, con la población pereciendo en la ciudad y los campos arrasados en el exterior. Y en el infortunio les venía a la memoria, como suele ocurrir, este hexámetro,

⁵ *Ibid.*, 156 (libro II, cap. 47).

⁶ *Ibid.*, 159 (libro II, caps. 52-53).

que al decir de los más viejos se recitaba antiguamente: “Vendrá la guerra doria, y la peste con ella”. [...] Pues bien, [...] la peste comenzó tan pronto como los invadieron los dorios [...]: se extendió, sobre todo, por Atenas y luego por los lugares con mayor población.⁷

Especialistas saben que los hacinamientos en las urbes por movimientos militares y por otras causas pudieron haber incrementado el número de muertos. El ejército ateniense sufrió una merma que en parte explica la derrota final ante los espartanos y, por fin, tiempo después, ante los romanos: de cuatro mil hoplitas de Atenas, mil quinientos murieron por aquella dolencia (libro II, cap. 58). Contradictoriamente –en aquellos tiempos de contagios–, la ansiada toma de Atenas iba unida al temor de una dolencia que terminaría volviendo muerte la victoria.

Durante su último año de vida, Pericles aún lanzó un discurso en defensa de su posición, con el ánimo de revertir en sentido el sinsentido de la enfermedad. La posición del estratega era delicada, pues era consciente de que les había impuesto la guerra a sus compatriotas cuando la ciudad estaba sana e intacta y no parecía haber una amenaza próxima, y ahora se amontonaban la guerra y la peste. Los argumentos de Pericles buscaron darle a la tragedia sanitaria el carácter de lo repentino e inesperado, que no se considera en ningún plan. He aquí un elemento común a toda esperanza y proyección humana: la imposibilidad de prever *todos* los aspectos y aun así verse en la urgencia de pasar a la acción, pues factores posibles o visibles así lo reclaman. Por eso las epidemias y pandemias suelen presentarse como lo-ausente-en-los-planes, como lo-inesperado.

Ni el discurso funerario antes de la peste ni el discurso de defensa ante las acusaciones, tal como los recoge Tucídides, hablan de adelantos en medicina o medicamentos. Ya dijimos que retomaremos el punto más abajo. Por lo pronto, apuntemos que todavía en el siglo XIX, *Guerra y paz*, de León Tolstoi, narra cómo los “hospitales de guerra” no eran otra cosa que barracas insalubres donde los jóvenes recién heridos se desangraban y morían y las pocas enfermeras se multiplicaban aplicando tenues alivios en heridas que muchas veces pedían a gritos la trepanación y otras medidas radicales.

Los discursos de Pericles resaltan el valor de la democracia deliberativa, esto es, la democracia que discute y enfrenta las adversidades, las críticas y los cuestionamientos. La palabra pesa, vale, influye, cambia los acontecimientos, los apacigua, puede conducirlos, tal y como nos lo recuerdan las magníficas conferencias de

⁷ *Ibid.*, 159-160 (libro II, cap. 54).

Michel Foucault en el Collège de France hacia 1982: el joven ateniense Alicibíades aprende que el fármaco de la palabra puede ser curación o veneno.

Gracias a las páginas de Tucídides entrevemos vestigios de los debates que debía enfrentar Pericles: el propio orador resume las acusaciones para defenderse de ellas. El estratega sabe muy bien que la gente está enojada. No lo oculta. Ya en su discurso funerario antes de la peste ha dicho que los atenienses prefieren la paz, disfrutan de los festivales y de las festividades, valoran la belleza de sus casas, del foro y de otros ámbitos públicos, y aun así, aunque no viven para la disciplina militar como el espartano, son capaces de vencer a este y a cualquier otro enemigo en el campo de batalla.

El hecho mismo de que conservemos los discursos y de que Tucídides haya podido transcribirlos y escribir para nosotros tantas otras cosas, podría haber sido uno de los muchos frutos de una democracia que, aun imperfecta, era un primer ejercicio de gobierno compartido, alternado, abierto, con menos obstáculos a la participación política, al debate, a la memoria escrita y a las artes libres que cualesquiera otros regímenes practicados hasta entonces.

Hoy se ha vuelto rutina apelar a un futuro que sabrá ver los aciertos y perdonará los contratiempos. Hace casi dos mil quinientos años, Pericles acertó al asegurarles a sus contemporáneos que era muy digna de emprenderse la defensa de la libertad y que esta misma haría posible que se recuperara todo lo perdido (material o inmaterial), ya que un bien intangible, la libertad, era la base de todos los bienes tangibles:

Con que vuestro poder no se manifiesta en el uso de casas y campos, a cuya pérdida otorgáis la máxima importancia; y no es razonable pasarla mal por ellos en lugar de desentenderse y considerarlos con respecto a vuestro poder como un mero adorno y un añadido de vuestra riqueza; y darse cuenta de que la libertad nos hará recuperar fácilmente estas cosas, si conseguimos salvarla luchando por ella.⁸

Pericles había convocado a la Asamblea. En esas horas difíciles, obraban a favor de él las grandezas con que había sabido dotar a Atenas y la prudencia con que la había gobernado a la hora de la paz. Y aun así tardó en calmar a pobres y a ricos, cuyas pérdidas eran cuantiosas. Pese a las circunstancias, fue reelecto. Y es así como, aunque a juicio de Tucídides de “palabra fue aquello una democracia;

⁸ *Ibid.*, 164 (libro II, cap. 62).

de hecho, gobierno del primer ciudadano”,⁹ de cualquier modo él se plantó frente a la Asamblea y se sujetó al veredicto de las urnas.

Pericles nos dejó dicho que los valores intangibles son soportes en las adversidades y guías para los momentos oscuros. Sabía que las épocas pasan (“pues por naturaleza todo declina”)¹⁰ y que aun así la Atenas democrática sería un ejemplo para los milenios, superior a otras sociedades tal vez fugazmente más fuertes en términos militares, pero más débiles en términos de humanismo constructivo y perdurable.

La persistencia de aquellas épocas en la memoria, con sus horas altas y sus horas bajas, deja sugerirse en el inicio de “Mariana”, paradigmático cuento de la fina escritora mexicana Inés Arredondo:

Mariana vestía el uniforme azul marino y se sentaba en el pupitre al lado del mío. En la fila de adelante estaba Concha Zazueta. Mariana no atendía a la clase, entretenida en dibujar casitas con techos de dos aguas y árboles con figuras de nubes, y un camino que llevaba a la casa, y patos y pollos, todo igual a lo que hacen los niños de primer año. Estábamos en sexto. Hace calor, el sol de la tarde entra por las ventanas; la madre Paz, delante del pizarrón, se retarda explicando la guerra del Peloponeso. Nos habla del odio de todas las aristocracias griegas hacia la imponente democracia ateniense. Extraño. Justamente la única aristocracia verdadera, para mí, era la ateniense, y Pericles la imagen en el poder de esa aristocracia; incluso la peste sobre Atenas, que mata sin equivocarse a “la parte más escogida de la población”, me parecía que subrayaba esa realidad. Todo esto era más una sensación que un pensamiento. La madre Paz, aunque no lo dice, está también del lado de los atenienses.¹¹

⁹ *Ibid.*, 167 (libro II, cap. 65).

¹⁰ *Idem.*

¹¹ Inés Arredondo, “Mariana”, en *Cuentos completos* (México: Fondo de Cultura Económica, 2011), 141.

LA PESTE ANTONINA (165-192 D. C.):
MARCO AURELIO. *MEDITACIONES*.
GALENO Y MICHEL FOUCAULT

Alguien habrá intentado responder cualquier pregunta que nos hagamos. En alguna parte, en algún momento de las múltiples historias individuales y colectivas, alguien ya habrá expuesto las cuestiones que ahora nos perturban. Las inquietudes acerca de los mejores modos de gobierno y de convivencia se formulan desde hace miles de años, y si Ariadna nos ofreciera un hilo para sobrevivir en el laberinto de los hechos, ese hilo consideraría las sucesivas respuestas y reacciones ante las calamidades de salud pública a lo largo de los siglos.

Una pregunta estratégica, concentrada y sintética, ha consistido en inquirir acerca de los ciclos de la historia, por ejemplo entre años de abundancia y penuria, y diversos relatos sugieren los contornos generales de las figuras que dibuja el tiempo.

La economía enlista en cuatro movimientos las tendencias con respecto a los ciclos; si nuestra pregunta es la siguiente: ¿qué gráficas trazan las convulsiones históricas?, la economía nos propone un esquema teórico y práctico:

- 1) MOVIMIENTOS SECULARES. Se trataría del tiempo largo, en términos de Fernand Braudel: estamos ante lo que cambia a fondo, más allá de los ciclos temporales o coyunturales. De acuerdo con el conocido modelo del estudioso francés, estaríamos tan cerca de la geografía como de la historia, tan cerca de los rasgos y vaivenes del Mediterráneo como de las decisiones de Felipe II, incluidos unos y otras en nuestro esfuerzo de comprensión.
- 2) MOVIMIENTOS CÍCLICOS. Los siete años bíblicos –el péndulo entre las vacas flacas y las robustas– insinúan una imagen de este tipo de movimientos. Hoy las ciencias sociales y económicas, con el apoyo de las

matemáticas y de muchos otros utensilios, disponen de más materia prima que nunca para el trazo de las campanas de Gaos, de las curvas y ondas de las grandes masas de la producción, del comercio, del consumo. La tentación del determinismo se atempera con la comprensión de la multitud y magnitud de los (f)actores influyentes. El marxismo propuso explicar los ciclos económicos con base en las contradicciones del capitalismo y cayó en el determinismo de suponer que el capitalismo se derrumbaría pronto como fruto de sus propias tensiones irresueltas. En todo caso, siempre hay ciclos, aunque el espectro que tracen en la pantalla no sean ondas armónicas como las del sonido, sino las rayas discontinuas –hacia arriba y hacia abajo, hacia delante y tal vez, incluso, hacia atrás– del ruido.

- 3) MOVIMIENTOS ESTACIONALES. Dentro de un mismo año, lustro o decenio hay cosechas buenas y malas. Ritos antiguos ya buscaban hacer propicia la fertilidad, y en el marco de muchos milenios sucesivos de bajos ingresos para la mayoría (la pobreza era el denominador común en los cuatro puntos cardinales), aun así siempre hubo ciclos y estaciones o momentos, zonas, capas y clases con altos niveles de ingreso y bienestar.
- 4) MOVIMIENTOS O MÁS BIEN CHOQUES ALEATORIOS. Ya vimos, con Pericles, que ni siquiera las máximas previsiones consideran todos los elementos que cimbran hasta sus raíces una cierta bonanza. Las enfermedades colectivas oscilan hoy entre ser previsibles o imprevisibles, manejables o inmanejables. Todas las economías –locales, regionales, nacionales, internacionales– se estremecen de una forma o de otra cuando las poblaciones sufren vertiginosos contagios masivos, causantes de dolor y muerte.

El poeta Ezra Pound razonaba que para entender de poesía había que saber de historia y para entender de historia había que saber de economía. Los cuatro movimientos que detalla la economía permiten un cierto acercamiento, muy cauteloso, a las grandes líneas de la historia, que ya atareaban a Giambattista Vico y a Georg Friedrich Hegel, a R. G. Collingwood y a Arnold J. Toynbee. La humanidad intenta desde hace milenios responderse a la pregunta de por qué existe tanto sufrimiento y cómo puede paliarse. Esto se vincula con decisiones políticas de alto nivel, y es así como el emperador Adriano entendió que el Imperio romano llegaba a sus límites: no podía crecer más, luego de las expansiones de Trajano,

emperador precedente. Según Victor Davis Hanson, los consejeros del Imperio advertían que mientras más se extendía el dominio territorial, menos identificación había con los principios de Roma. Isaac Asimov trasteó el tema.

Aun así, más de una vez la gente recibió con gusto a los conquistadores porque ellos traían un puño de palabras; se trataba del derecho romano, fuente de organización, de orden y, por lo tanto, de paz y de barruntos de bienestar colectivo: saltos cualitativos, líneas ascendentes en el crecimiento, como cuando Prometeo arrebató el fuego a los dioses. En algún momento la propia Palestina pareció alegrarse por la presencia del romano, que la libraría de los enemigos: las alianzas coyunturales son otro factor reiterativo a lo largo de los milenios.

El párrafo precedente contiene semillas de esa historia general que también interesó a R. G. Collingwood: la organización es decisiva, es un valor y puede venir inscrita en la palabra. Igualmente, las alianzas llegan a tener consecuencias inesperadas e indeseadas: Roma tardó muchísimo en salir de Palestina e incluso destruyó el Templo en el año 70 d. C., y entonces fueron las palabras las que siguieron guiando al pueblo judío: la movilidad de la Torá, del Libro, contrastó –según nos lo recuerda Jacques Derrida– con la inmovilidad de las pirámides egipcias.

¿Las pandemias son choques aleatorios o son movimientos cíclicos? Cuando Marco Aurelio y Lucio Vero llegaron –juntos– a la silla imperial en 161 d. C., ya era posible plantearse esta pregunta. El arribo de ambos al máximo poder del mundo coincidió con otro factor fortuito: una inundación causó hambre en vastas poblaciones. Los ríos Tíber y Po, cruciales en la geografía de la península itálica, se salieron de sus respectivas madres. Los emperadores gestionaron bien la crisis de la hambruna y con esa victoria contra los golpes de la naturaleza o de la suerte inauguraron su período como dirigentes.

Entre Adriano y ellos reinó Antonino. La posteridad suele dividirse entre los elogios por el largo periodo de paz del emperador, padre adoptivo de Marco Aurelio y promotor del ascenso de este último a la silla imperial, y la crítica por posibles oportunidades perdidas para contener a codiciosos que amenazaban el Imperio desde variadas y dispersas periferias. Lucio Vero partió para vencer a los alzados y para proteger fronteras muchas veces difusas e inseguras. Ya Adriano, sí, se había preguntado por los costos del Imperio y por las ventajas y desventajas de una unidad tan dispersa, amenazada y ambiciosa; cada ciudadano podía hacerse una pregunta análoga: ¿me conviene o no adherirme a este Imperio tan organizado y tan poderoso?

La rebelión de los partos trajo la guerra y, otra vez, el hambre y la peste. Y representó, por supuesto, un aumento en los costos de manutención de la paz romana. De aquí puede derivarse otra lección o semilla de historia: se debilita a un vasto enemigo orillándolo a la lucha armada, que merma las arcas, inquieta a la población y acarrea una muy posible escasez de alimentos y la abundancia de enfermedades.

Lucio Vero había ido a la expedición en Armenia; no debía escapársele la importancia estratégica y simbólica de estas tierras, a la mitad entre Asia y Europa. Pues bien, acaso con el ir y venir del ejército en estas y otras luchas, Roma terminó contagiándose de un virus o bacteria. Una tercera parte de la población murió. El propio Lucio Vero perdió la vida cuando volvía a casa, a causa de un derrame o de la epidemia. Un elemento recurrente en las calamidades sanitarias se hizo muy notorio, hasta el punto de volverse el mayor tema de discusión entonces: la búsqueda de quienes tenían la culpa. Los cristianos se encontraban cerca y eran muy numerosos, activos y vulnerables.

El parágrafo segundo del libro noveno de las *Meditaciones* de Marco Aurelio cavila acerca de una peste no sólo corporal, sino anímica:

2. Propio de un hombre bastante agraciado sería salir de entre los hombres sin haber gustado de la falacia y de todo tipo de hipocresía, molicie y orgullo. Pero [...] ¿continúas prefiriendo estar asentado en el vicio y todavía no te incita la experiencia a huir de tal peste? Pues la destrucción de la inteligencia es una peste mucho mayor que una infección y alteración semejante de este aire que está esparcido en torno nuestro. Porque esta peste es propia de los seres vivos, en tanto son animales, pero aquella es propia de los humanos en tanto son humanos.¹²

¹² Marco Aurelio, *Meditaciones*. Trad. y notas de Ramón Bach Pellicer. Introd. de Carlos García Gual (Madrid: Gredos, 1977), 162-163. La introducción de García Gual ha sido la base para los párrafos precedentes y subsiguientes. A propósito de las cautelas de Adriano, Isaac Asimov indica que el Imperio “no era tan grande ni tan sólido como parecía. Las conquistas de Trajano, por mucho que halagaran el orgullo de los patriotas y tradicionalistas romanos, habían extendido y tensado la economía de un ámbito que estaba demasiado maduro y se estaba volviendo blando y endeble en muchos lugares. Tratar de mantener las fronteras de ese momento, suponía alimentar y abastecer a todo un ejército durante el tiempo que durase una guerra en el este que prometía ser larga, y también que el gobierno interno continuaría perdiendo su vigor. / Adriano decidió no arriesgarse. Si Trajano intentó revivir a Julio César, Adriano intentó revivir a Augusto. Estaba dispuesto a establecer una frontera firme que no traspasaría y dentro de la cual pudiera prosperar. /

El parágrafo 1 habla de una diosa, la Verdad, y señala que es impío todo aquel que miente.¹³ De ese modo, la peste de los vicios se sitúa en un lugar capital de este libro tan famoso. La analogía entre la peste física y la peste moral apunta a la diferencia entre el tiempo corto de aquella y el tiempo largo de ésta: después de todo, las epidemias y las pandemias pasan, y en cambio las falacias (y de hecho todo argumento deliberadamente injusto), las mentiras, la hipocresía, la molicie y el orgullo son males que dañan la convivencia, entre otras razones (nos permitimos añadir) porque destruyen un valor decisivo para la organización y por lo tanto para la riqueza: la confianza.

Los contagios físicos durante los respectivos mandatos de Pericles y Marco Aurelio se vinculan con movimientos de tropas, sangrías económicas e insuficiencias sanitarias. Contemporáneo de Marco Aurelio y testigo de las pestes, Galeno es el paradigma del tercer (f)actor.

Pocas pruebas patentizan mejor la permanencia de un ser en la memoria colectiva que la conversión de su nombre en sustantivo común o en adjetivo: Galeno en galeno, Mecenas en mecenas, don Quijote en quijotismo y quijotesco,

Con este propósito, pronto renunció a las conquistas orientales de Trajano, y el Imperio Romano, después de estar dos o tres años en la cúspide de su extensión, inició la larga retracción que iba a durar trece siglos y no iba a cesar hasta la caída final de su última urbe” (Isaac Asimov, *El imperio Romano*. Trad. de Néstor A. Míguez [México: Alianza, 1983], 133-134; las aseveraciones de Victor Davis Hanson pueden encontrarse en diversas entrevistas por YouTube). Arnold Toynbee se expresa en términos similares: “Adriano, sucesor de Trajano, hubo de emplear toda su prudencia y habilidad en la liquidación de la formidable herencia que la espada de Trajano le legó. Rápidamente, Adriano evacuó todas las conquistas más allá del río Éufrates de su predecesor; no obstante, sólo pudo restaurar el *statu quo ante bellum* territorial, no el político” (Arnold J. Toynbee, *Guerra y civilización*, 2ª ed. Trad. de Jorge Zalamea [Madrid: Alianza/Emecé, 1984], 162-163). Para Toynbee, el esquema de la espada pacificadora conduce siempre a más y más violencia, y esa misma espada en afanes unificadores –imperiales– tiene efectos efímeros: el mundo está condenado a los países y a las naciones, aunque no por fuerza a esos nacionalismos en los que Toynbee ve una de las causas de las guerras contemporáneas. Por lo demás, Adriano ha pasado no sólo a la historia de la literatura (como veremos), sino también de la arqueología: mandó levantar murallas en los bordes del imperio; vestigios de estas llevan el nombre de este emperador tan lúcido: estaba consciente de los límites. Sin duda, las tensiones entre la expansión y la concentración, entre el “abarcar” y el “apretar”, aparecen a lo largo de la(s) historia(s) humana(s) pública(s) y privada(s) y llegan hasta nuestros días.

¹³ Marco Aurelio, *op. cit.*, 161.

Madame Bovary en bovarismo, Kafka en kafkiano. Galeno fue médico personal del emperador. Los testimonios de aquél contraponen las *Meditaciones* de éste. Los apuntes de Galeno sobre los síntomas, las fases de incubación y otros rasgos de la enfermedad poseen un valor histórico y clínico, pese a una de las limitaciones más notorias de aquellos tiempos: estaba prohibido abrir cuerpos humanos (Laura Spinney nos enseña que a fines del siglo XIX aún se prohibían las autopsias en China).¹⁴ Galeno practicaba con cerdos en canal y otros animales, haciendo analogías.

Estas últimas tenían las características de todas las analogías, tan comunes y tan importantes para la argumentación. Ahora bien, una analogía (en este caso, lo equiparable entre un cuerpo humano y uno porcino) es una identificación incompleta, únicamente aproximativa o tentativa, con puntos de identidad plena (ambos cuerpos pueden compartir rasgos en efecto idénticos) y puntos de diferencia evidente (difíciles de confirmar si no se contaba con la experiencia directa del cuerpo humano).

El nacimiento de la clínica, de Michel Foucault, resalta el relieve de la analogía en la “medicina de las especies y de las clases” a lo largo de los milenios, con el peligro precisamente de que las analogías se apoyaran en “datos morfológicos inertes”, cuyas “líneas generales eran susceptibles de superposición”; un cambio ocurrió con el nacimiento de “la mirada clínica”, sustento ella misma para el origen de la clínica: sus analogías ya son de otro orden,

¹⁴ Laura Spinney, *El jinete pálido. La historia de la epidemia de gripe que transformó el mundo*. Trad. de Yolanda Fontal (México: Crítica, 2018), 163. Se le dio un permiso especial a un galeno formado en Occidente para que contuviera un brote al norte del gran país, cuya dinastía gobernante percibió muy bien el ingente peligro político de una epidemia generalizada. Acerca de las dificultades en Galeno para practicar con cuerpos humanos y otros temas interesantes, puede consultarse G. Sánchez Guisande, *Datos para la historia de la anatomía en España* (Buenos Aires: Publicaciones de la Cátedra de la Historia de la Medicina, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1938), pp. 77-128. Entre la vastísima bibliografía a lo largo de los siglos, merecen mención *Literature and Medicine in Nineteenth-Century Britain. From Mary Shelley to George Eliot*, de Janis McLarren Caldwell. (2004; Cambridge: Cambridge University Press, reimpresión citada de 2006), y *The Asclepiad. A Book of Original Research and Observation in the Science, Art, and Literature of Medicine, Preventive and Curative*, de Benjamin Ward Richardson originalmente publicado en 1884, (Londres: Forgotten Books, s/f). En México, los estudios de Ana Laura Zavala en torno al joven escritor decimonónico Bernardo Couto son un ejemplo de análisis de los vínculos entre literatura y medicina.

y cita un texto francés de 1814 que habla de “signos y síntomas” y de las “relaciones” primero entre las partes que constituyen una enfermedad muy específica y sólo después “entre una enfermedad conocida y una enfermedad por conocer”.¹⁵ Ya no se trata de un “parecido de parentesco más o menos próximo y que se borra a medida que se aleja de la identidad esencial”; se trata de un “sistema de relaciones y de acciones recíprocas” que provocan “un funcionamiento o una disfunción”. Por ejemplo, las dificultades para respirar son síntoma de varias enfermedades posibles (y a estas dificultades se han enfrentado los médicos y observadores en numerosas pandemias); un paso importantísimo para constituir una auténtica mirada clínica ha consistido en relacionar este síntoma con otros del organismo, a fin de transitar de la analogía a la identidad y, sobre todo, al diagnóstico certero.¹⁶

A juicio de Foucault aún faltaban muchos siglos para la clínica propiamente dicha; ahora bien, ya recordaremos que a principios del XVI Hernán Cortés fundó en la Ciudad de México el Hospital de Jesús.

Por su parte, Galeno salió indemne como pudo de la peste y tuvo una vida tan extensa como su obra. Supo, según se ve, sortear de algún modo la prohibición más traumática de aquellas épocas para el avance de la ciencia médica y sentó las bases de áreas como la anatomía para el milenio posterior a su muerte.

En “La primera peste de los Antoninos (165-170). Una epidemia en la Roma imperial”, Enrique Gonzalbes Cravioto e Inmaculada García García nos indican que la epidemia de Pericles no había lastimado a Roma, y de hecho la “Peste de los Antoninos” en el segundo siglo de nuestra era fue la primera enfermedad colectiva grave para el Imperio, pues los anteriores contagios sólo habían tenido efectos locales. A la benigna suerte del Lacio en este aspecto “había contribuido seriamente la introducción en la capital, y después en el Imperio, de la

¹⁵ Michel Foucault, *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Trad. de Francisca Perujo, (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2006).

¹⁶ *Ibid.*, 145-146.

medicina científica griega”.¹⁷ Las enfermedades colectivas llegaban a tener una “duración básicamente anual”.¹⁸

Las tensiones entre el impacto de la sorpresa, las creencias populares, las soluciones mágicas y los incipientes esfuerzos por entender el fenómeno se agudizaron a tal punto por la gravedad de las circunstancias que la prudencia terminó indicando la mejor cura: huir, “pues la peste carecía de curación”.¹⁹

Para la geografía de la época aquella calamidad era una pandemia, en el sentido de que abarcaba el orbe conocido, y la sensación de desamparo debió ser aguda. Las muertes eran tantas, tan incontrolables, tan inexplicables y tan vertiginosas, que el propio Galeno practicó aquella prudencia y trató el asunto desde sanísima distancia y más como un teórico del fenómeno que como un investigador biomédico tal y como lo entendemos en nuestros días.

Las disciplinas y las prácticas médicas se combinaban entonces con la filosofía y con la intertextualidad letrada, y una parte de la obra de Galeno consta de reflexiones sobre el alma, *pneuma* en griego, esto es, aire, aliento, hálito de vida; y de hecho *peste* provenía de *pestilencia*, y era precisamente el aire lo que se les impregnaba entonces de miasmas y olores incorrectos; más aun, el común de las personas juzgaba que era precisamente el aire el que estaba contaminado, y el solo respirar ya era peligroso: el pasaje citado de Marco Aurelio confirma esta idea compartida. Un aire dañado era una cosmovisión dañada.

Gonzalbes y García reúnen la abundante bibliografía en torno a estos años enfermos. Los especialistas debaten si se trató de una sola catástrofe entre 165 y 192 o si ha de hablarse de dos contagios, uno entre 165 y 169 (con la muerte de Lucio Vero este último año) y otro incluso más virulento hacia 180 (que acabó con el propio Marco Aurelio).

Un segundo tema para las discusiones entre especialistas se refiere a los efectos demográficos, económicos y geopolíticos de la enfermedad. Los dos autores

¹⁷ Enrique Gozalbes Cravioto e Inmaculada García García, “La primera peste de los Antoninos (165-170). Una epidemia en la Roma imperial”, *Asclepio. Revista de la Historia de la Medicina y de la Ciencia* LIX, núm. 1 (enero-junio 2007): 8, doi. Disponible en: <<https://doi.org/10.3989/asclepio.2007.v59.i1.215>>. Estos autores encuentran preocupantes similitudes cuando cotejan las páginas sobre los síntomas en Tucídides y las páginas al respecto en Galeno; se preguntan si este último seguía una fuente muy lejana en el tiempo (más literato erudito que auténtico científico) o si se trató de una calamidad muy parecida con medio milenio de distancia, acaso fruto de la viruela.

¹⁸ *Idem.*

¹⁹ *Ibid.*, 9.

hablan de ciclos y presentan las posturas básicas en torno a dichos efectos: hay quienes minimizan el impacto de la peste y hay quienes le atribuyen el carácter de ser una causa relevante para el fin del Imperio. Gonzalbes y García asumen una postura intermedia, acaso conciliadora: la pérdida de población durante la pandemia (hasta dos mil muertos por día tan sólo en Roma) será —a la larga— un aspecto digno de considerarse cuando nos expliquemos tal declive.

Sin duda, el trabajo, el capital y la organización son factores decisivos a la hora de producir riqueza. Durante milenios, más que el creciente dinamismo del capital, tuvimos la posesión y la explotación de la tierra como un multiplicando de la riqueza:

TRABAJO X CAPITAL X ORGANIZACIÓN = RIQUEZA

TRABAJO X TIERRA X ORGANIZACIÓN = RIQUEZA

En ambas fórmulas aparecen el trabajo y la organización. Como en una operación aritmética básica, la ausencia total de uno de los multiplicandos (un cero absoluto) arroja siempre el resultado de cero, como cuando multiplicamos por cero cualquier cantidad, por alta que sea. La pérdida de población implicaba una disminución de riqueza, y en comarcas donde todas las personas morían, la riqueza era ciertamente igual a cero y tampoco había organización posible, aunque abundaran la tierra y el oro.

Marco Aurelio se preocupó por el decremento de civiles y soldados, consciente de que una conquista sin una pausada pero constante colonización terminaba corriendo el riesgo de revertirse con facilidad. Para colmo, poblar tierras con francos o germanos y otros potenciales enemigos o proveerlos de armas y adiestramiento era abrir la puerta a tentaciones guerreras.

El tono triste en alguna meditación y en cartas de Marco Aurelio tenía tal vez como trasfondo el temor a incumplir el imperativo estoico de sacar adelante la tarea que el destino había echado sobre sus hombros, la más importante de todas: la conducción del Imperio, precisamente.

Desde luego, en tiempos antiguos y aun en los actuales la conquista de territorios expandía las posibilidades de la riqueza, pues se elevaba uno de los multiplicandos: la tierra. De ese modo, las conquistas acabaron adquiriendo un aspecto paradójico: mientras se controlaban más terrenos, se poseía más riqueza o más posibilidades de incrementarla, según la fórmula expuesta; sin embargo, los costos de la expansión del territorio, las inevitables guerras para conservarlo, la muerte

de combatientes y civiles, y la insólita irrupción del fenómeno de la peste y sus muchos efectos perniciosos ponían en peligro no sólo a las poblaciones y tierras recién conquistadas, sino al Imperio entero.

Para mayor paradoja, en otros momentos no había sido la escasez de gente, sino la sobreabundancia la causa de la miseria y el descontento: había manos disponibles, pero faltaban tierra o capital y sobre todo organización para sacarles el máximo jugo a todos los multiplicandos.

Y es que la producción de riqueza sólo podía incrementarse si –junto al trabajo– se armonizaban oportunamente el capital o la tierra, por una parte, y la organización, por la otra.

Como Napoleón milenios más tarde, Marco Aurelio se percató de que su carácter de *imperator* le exigía mejorar las condiciones administrativas en todos los órdenes: promulgó leyes y reglamentos que aliviaron la vida cotidiana de multitudes; después de todo, la administración es un eje de la organización. La sola organización multiplica el tiempo disponible y libera energía que aprovechamos para obtener más riqueza con menos desgaste.

Benévolo, caritativo, comprensivo y aun –por momentos– humilde, Marco Aurelio terminó siendo el más cristiano de los anticristianos. Los seguidores de Jesús de Nazaret parecen haber sido los únicos perseguidos con saña por un emperador de ánimo tolerante.²⁰ Acaso en aquellos años se libró la última batalla

²⁰ Vid. Carlos García Gual, “Introducción” a las *Meditaciones*, *op. cit.*, 20 y ss.: “Marco Aurelio tenía la fe y tenía la caridad; lo que le faltaba era la esperanza”, escribió U. Wilamowitz sagazmente” (21). El carácter ecuménico e incluyente del emperador se cifra en el esfuerzo por contribuir a la superación de las pugnas entre escuelas ofreciendo un espacio a cada una: “En septiembre de 176 visita Atenas, donde funda cuatro cátedras de filosofía (una para cada una de las grandes escuelas: la platónica, la aristotélica, la epicúrea y la estoica) y se inicia en los misterios de Eleusis” (19); en estos párrafos, seguimos de cerca las reflexiones de García Gual. A propósito de las tensiones entre Roma y la Cruz, escribe Toynbee: “En el primer choque entre las autoridades romanas y la Iglesia Cristiana, el gobierno imperial dio el paso extremo de hacer de la profesión del Cristianismo un pecado capital; y esta declaración de guerra fue el único de los bárbaros actos de Nerón que no fue abolido por los sucesores del tirano [...]. Los cristianos discutían la prerrogativa de la espada; [eran] un poder espiritual que nunca podría ser derrotado por los golpes de un arma temporal. Lejos de contener la propagación del Cristianismo, el martirio demostró ser el mejor instrumento de conversión; y la eventual victoria del espíritu del mártir cristiano sobre la cuchilla del gobernante romano confirmó la triunfante y desafiante jactancia de Tertuliano de que la sangre cristiana era semilla” (A. J. Toynbee, *op. cit.*, 165-166).

entre el estoicismo disciplinado, riguroso, militar, de Roma, en tanto que antiguo régimen, y un cristianismo asimismo disciplinado y riguroso, militante más que militar, en tanto que nuevo régimen, si bien por completo reacio –hasta entonces– a asumir un protagonismo político.

El derecho romano, las innovaciones administrativas del emperador y las *Meditaciones* y las cartas son susceptibles de leerse como una suerte de constitución para consolidar el *statu quo* alcanzado, como un esbozo de orden mundial, según el término que Henry Kissinger estudió a lo largo de un famoso volumen de 2014. Ya anticipamos que el historiador Victor Davis Hanson se refirió a los costosos peligros de un imperio muy extenso; también razonó sobre el cinismo de Alejandro Magno al remitirse a la sentencia de Sócrates –un ciudadano de Atenas es un ciudadano del mundo– y al concepto de cosmopolitismo como una justificación para avasallar el mundo conocido en el siglo IV a. C., bajo la égida justamente del macedonio; esta paradoja ha acompañado los empeños imperiales a lo largo de la historia: se conquista en nombre de un orden nacional, regional o incluso global, y, sin embargo, semejante orden delata las huellas de un caudillo, una lengua, una cultura específica, una ideología, un sistema de creencias que las demás personas no por fuerza comparten con el mismo entusiasmo.

Más que un conquistador, Marco Aurelio fue un administrador. Ante la pregunta universal acerca del mejor modelo de gobierno, sintió el *fatum* de ser un rey filósofo, con algunos rasgos de Platón en Siracusa, aunque sin el idealismo del filósofo griego. ¿Un fenómeno tan poco ideal como una epidemia dejaba poco margen a la utopía? ¿La sobredosis de territorio imperial se vivía como una sobredosis de materia concreta, demasiado presente, demasiado exigente como para admitir vuelos ideales?

Ya sugerimos que los cristianos padecieron en carne propia un rasgo recurrente de las pandemias: la búsqueda de un chivo expiatorio. La bibliografía que nos aportan Golzalbes y García resume dos posturas en la batalla ideológico-emocional durante la peste de los Antoninos: hubo quienes apuntaban con el dedo hacia los cristianos, lo que exacerbó el número de ejecuciones, y hubo quien supuso que la peste era un castigo por la persecución que padecían. La humanidad ha ido aprendiendo que es contraproducente el afán de descubrir “culpables”; se trata más bien de reconocer el origen y los desplazamientos demográficos del problema específico a fin de ofrecerles más datos a las ciencias médicas: son ellas quienes se afanan día y noche en su propósito de procurarnos una solución definitiva a la angustiada pregunta sobre los mejores medios para derrotar a la dolencia.

LA PESTE DE JUSTINIANO (SIGLO VI D. C.):
PROCOPIO EL HISTORIADOR. CORPUS ROMANO

¿Por qué? ¿Cómo? ¿Desde cuándo? ¿Desde dónde? ¿Quién? ¿Contra quién? ¿Para quién? ¿Por quién? ¿Qué sigue? ¿Qué? Entre el tumulto de las acciones humanas y de los discursos destinados a comprenderlas, se asoma un puño de preguntas como hilos conductores para la argumentación y para –en último término– la comprensión y la persuasión. La búsqueda de las causas y las explicaciones se vuelve más angustiosa y urgente en tiempos de sufrimiento colectivo y es un punto de convergencia entre el saber científico (la medicina, antes que nada) y el saber humano y social, que explica los ciclos económicos, las causas de tal o cual guerra, los poderes en pugna, las fobias, las discriminaciones, las intrigas, las previsiones y las prevenciones.

Tales preguntas son tan incisivas que dejan entenderse como un punto de confluencia para todas las épocas, todos los saberes, todos los asuntos públicos y privados, incluidos desde luego tanto los conocimientos históricos como aquellas decisiones políticas que dan trabajo y motivo de reflexión a los historiadores. Y si se responden de modo adecuado y preciso, permiten no sólo soluciones, sino saltos cualitativos hacia épocas de confianza y expansión.

Desde su palacio en Constantinopla (hoy Estambul), el emperador Justiniano emprendió en el año 533 d. C. la tarea de restaurar el Imperio de Occidente sobre la base del Imperio de Oriente que él encabezó entre 527 y 565.

El historiador británico Percy Neville Ure nos platica que un obispo “del este” le había pedido a Justiniano que recuperara Libia para la fe cristiana. Un patrón o esquema muy común consiste en los debates alrededor de aquella persona que a fin de cuentas tomará las decisiones. Dos grupos desaconsejaban la guerra contra los vándalos: los administradores del Imperio le hacían saber a Justiniano que no alcanzarían los recursos, y los generales se preocupaban por las peligrosas travesías

marítimas y por la fuerza aún intacta e incluso creciente de los vándalos, ya para entonces dolorosamente célebres.²¹

Gracias a Procopio de Cesarea (Palestina, 490-562 d. C.), contamos con un historiador que acompañó las acciones militares e incluso encabezó más de una tarea en campaña castrense y nos heredó testimonios y análisis de mano primerísima, desde luego bajo el horizonte de su época y dentro de un creciente influjo de la Iglesia cristiana en las decisiones públicas.

Recordemos, sí, que a fines del siglo IV Constantino había convertido a la Iglesia perseguida en Iglesia de Estado, reuniendo el antiguo poder imperial y el nuevo poder eclesiástico bajo una sola cabeza.

Un siglo después, con Justiniano, Procopio nos fue ofreciendo respuestas tentativas a las preguntas que anotamos al inicio del capítulo. Por ejemplo, ¿desde dónde llegó la peste? Solía juzgarse que África era el surtidor de las calamidades

²¹ Percy Neville Ure, *Justiniano y su época*. Trad. de Pablo Sela Hoffman (Madrid: Revista de Derecho Privado, 1963), 24-25. Los vándalos eran un pueblo como cualquier otro, salvo porque su rudeza era extrema y no parecía menguar pese a diversas negociaciones: “El nombre de vándalo se ha convertido en sinónimo de destrucción desenfrenada, y el trato que Giserico dispensó a los habitantes de la conquistada Libia demuestra la exactitud de este sinónimo. [...] Durante su reinado, todas las primaveras se organizaban expediciones que saqueaban Sicilia e Italia, esclavizando unas ciudades o arrasando otras hasta los cimientos, y expoliándolo todo” (22). Ello explicaría la decisión de Justiniano; después de todo, el Derecho Romano implicaba un orden, un principio de civilización, un pacto para la convivencia. Paradójicamente, a propósito de la decisión más importante de Justiniano (la restauración del Imperio romano de Occidente), escribe Arnold Toynbee: “Procopio de Cesarea escribió una historia de las guerras del emperador Justiniano —que gobernó entre 525 y 567 d. C.—; y esas guerras fueron realmente la muerte de la antigua Sociedad Helénica. Empeñándose obstinadamente en [...] restaurar la integridad territorial del Imperio, Justiniano causó la ruina financiera de las provincias orientales, la despoblación de las provincias balcánicas y la devastación de Italia; [...] al expulsar a los vándalos de África abrió el camino para que los moros ocuparan su lugar, y al expulsar a los ostrogodos de Italia creó un vacío que habría de ser llenado, a los tres años de su muerte, por los todavía más bárbaros lombardos” (Toynbee, *op. cit.*, 138-139). Toynbee ofrece varios ejemplos de relación inversamente proporcional entre avance en tecnología militar y decadencia civil y civilizada: a mayor guerra, menor civilización, aun allí donde la guerra se inicia para restaurar una forma de civilidad (135 y ss.): la violencia tiende a la figura de la avalancha. Ello ha ocurrido en Mesoamérica, en Europa, en el Lejano y el Cercano Oriente. El autor propone una reformulación de las virtudes militares, tan explotadas desde el antiguo Mario hasta el reciente Benito Mussolini, fascista.

colectivas: así, acaso, ocurría en los días de Marco Aurelio y se reiteraba en las horas de Justiniano y Procopio. ¿Esta explicación combinaba prejuicios, lecturas eruditas y evidencias fragmentariamente recolectadas aquí y allá?

San Isidoro de Sevilla nació hacia 556, cuando la fase más aguda de la peste acababa de concluir; su mapamundi señala una porción de la masa continental africana como la zona boreal-oriental del mundo conocido: era una suerte de fin del mundo, así que las pestes podían venir de aterradores confines aún por explorarse. Ahora bien, esta cartografía y otras similares eran producciones simbólicas, más que geográficas, y ya entonces el comercio reconocía los primeros esbozos de la esfera terrestre, tal y como la iban conociendo estudiosos árabes incluso con cálculos próximos a los reales, aunque por aquel entonces aún no se recuperaba la obra de Ptolomeo.

De hecho, como nos lo recuerda Michel Foucault en *Las palabras y las cosas* y como bien lo sabía Umberto Eco y lo sabe Robert Barron, la Edad Media pensaba y muchas veces actuaba mediante complejas geometrías simbólicas que no ignoraban la realidad: es que intentaban incorporarla a un sistema coherente y comprensivo, a un cosmos. Por eso don Quijote fue el último habitante del Medievo, y su sistema —coherente y completo— le fue estallando por los polvorientos y cotidianos caminos de La Mancha. Y por eso, repasando a Foucault, Mauricio Beuchot llamó a don Quijote el paradigma de la iconicidad, y el autor de *Las palabras y las cosas* juzgó “Diferente” al loco de La Mancha porque no reconocía la “Diferencia”.

La cartografía de Isidoro era relativamente simple: la T de la cruz y la O de un orbe simbólico y —por fuerza (por la fuerza del simbolismo espiritual)— asimismo físico. Con los años, esta imagen se fue llenando de figuras mitológicas y de elementos cristianos, siempre con un afán de explicación. Aun así, ¿qué podían hacer la geografía simbólica y la cosmogonía frente a las insólitas y erráticas líneas de una pandemia? El desafío desbordaba el cuerpo y abrumaba el ánimo y el ánimo. Y las referencias a los delirios como síntomas casi podríamos atribuirlos tanto a los efectos del microbio en el organismo como al impacto del desconcierto en el sistema de comprensión de las personas, repentinamente en crisis.²²

²² “Unos entraban en coma profundo, otros en un delirio agudo y cada cual sufría los efectos propios de la enfermedad. Pues los que entraban en coma se olvidaban de todo lo que antes les había sido familiar y parecía que siempre estaban durmiendo. Y si alguien se ponía a cuidarlos, comían en medio de aquel estado en que se encontraban, pero los que carecían de estos cuidados seguidamente morían por falta de alimentación. Sin embargo, los que eran dominados por el delirio sufrían un terrible insomnio y muchas

¿Pero de dónde vino? Escribe Procopio:

Comenzó entre los egipcios [de una región específica]. Y tras aparecer, se propagó en dos direcciones: por un lado hacia Alejandría y el resto de Egipto; por el otro llegó a la zona de Palestina que limita con Egipto, y desde allí se extendió por la tierra entera, siempre adelante en su camino y avanzando en las épocas que mejor le venían. Parecía, en efecto, que se propagaba bajo condiciones específicas y que en cada país se detenía un tiempo fijo: a ningún hombre dejaba pasar su azote, sino que se expandía por todas partes hasta los confines del mundo, como con miedo a que se le escapara algún rincón de la tierra.²³

Investigaciones contemporáneas se disputan la respuesta definitiva. Se maneja la hipótesis de que la cepa originaria surgió en el Lejano Oriente, no en el este de África. Más aun, investigaciones en Canadá han descifrado el genoma del patógeno *Yersinia pestis*.²⁴ Para otras fuentes no existen evidencias palpables de contagios en Asia antes del siglo VII, mientras que puertos cruciales del sureste y noreste de África se abandonaron o despoblaron por completo durante el VI: en ese caso, la plaga provendría efectivamente de las playas africanas (Procopio alude a las costas como sitios idóneos para el fermento de la dolencia), tal vez por un clima propicio

alucinaciones: pensaban que venía gente a matarlos y se hallaban inquietos y gritando como locos se precipitaban a huir” (Procopio de Cesarea, *Historia de las guerras* [Madrid: Gredos, 2000], 263). Con respecto a Foucault y don Quijote, escribe Mauricio Beuchot: “Curiosamente, Foucault rescata la narración de la analogía. Recupera a Don Quijote como un análogo, que es tanto como decir que es el análogo del análogo, el ícono de lo icónico o de la iconicidad, un signo de segundo orden. / Lo reconoce Foucault: [...] ‘Invierte todos los valores y todas las proporciones porque en cada momento cree descifrar los signos: [...], sólo es el Diferente en la medida en que no conoce la Diferencia” (Mauricio Beuchot, *Para una historia hermenéutica de la analogía* [México: UNAM, 2021], 120).

²³ Procopio, *op. cit.*, 261.

²⁴ “El secreto de la peste que tumbó al Imperio Romano”, *Fundación Dr. Antoni Esteve*. Disponible en: <<https://www.esteve.org/otras-sugerencias/materia-pestes/>>. “El patógeno de la plaga de Justiniano es el más antiguo del que se ha obtenido el genoma completo”; lo obtuvo un equipo bajo la dirección de Hendrik Poinar, de la Universidad de McMaster, en Canadá. El texto desestima la descripción de Procopio. Adviértase un problema en las aseveraciones de este último: da por evidentes un origen y un par de rutas sin verse en la urgencia de aportar más pruebas.

o tal vez por la intensidad del comercio sin suficientes medidas sanitarias: abundaban los roedores, muy probables transmisores del mal a los humanos.

¿Qué? La descripción de Procopio nos arrima una respuesta que siglos de investigación han ido afinando: ¿qué fue exactamente lo que pasó y cómo? ¿Cuáles eran, en fin, los síntomas y los invasivos efectos de aquello que hoy conocemos, sí, como *Yersinia pestis*?

Les acometía de la siguiente manera. Repentinamente les daba fiebre, a unos cuando acababan de despertarse, a otros mientras estaban paseando y a otros en medio de cualquier otra actividad. Y el cuerpo ni cambiaba de color ni estaba caliente, como cuando ataca la fiebre, ni tampoco se producía ninguna inflamación, sino que la fiebre era tan tenue desde que comenzaba hasta el atardecer que ni a los propios enfermos ni al médico al tocarlos les daba la impresión de que hubiera ningún peligro. Y, en efecto, ninguno de los que habían contraído el mal creyó que fuera a morir de eso. Pero a unos en el mismo día, a otros al siguiente y a otros no mucho después le salía un tumor inguinal, no sólo en esa parte del cuerpo que está bajo el abdomen y que se llama ingle, sino también en la axila; y a algunos incluso junto a la oreja y en diversos puntos del muslo. Pues bien, hasta aquí a todos los afectados por la enfermedad les venía a pasar casi lo mismo. Pero, a partir de ahí, no soy capaz de decir si la diferencia de síntomas radicaba en la diversidad de constituciones físicas o en la voluntad de Aquel que mandó ese mal.²⁵

Más de una vez, el mal parecía ser fruto de errores humanos o incluso una táctica de guerra para destruir al enemigo fuera del campo de batalla. El historiador inglés refiere cómo al inicio de la campaña del 533 se produjo una “epidemia a causa del pan –inferior y mal cocido– que había suministrado el prefecto del pretorio, Juan de Capadocia”.²⁶ Belisario, general en jefe, lo acusó ante el emperador, ya que después de todo se trataba de un funcionario del Imperio. Las guerras, como las enfermedades colectivas, amenazan la *confianza* entre personas y comunidades. Si fue un simple error del panadero o si fue una estratagema para debilitar al general en jefe (Juan de Capadocia habría sido un Yago mil años antes

²⁵ Procopio, *op. cit.*, 262-263.

²⁶ P. Neville Ure, *op. cit.*, 26. Más adelante, el historiador agrega un cargo: “Personas con relaciones en la administración podían contar historias escandalosas, tal como la del pan que hizo enfermar mortalmente a gran número de tropas y que llenó los bolsillos del perverso prefecto Juan de Capadocia” (137).

de William Shakespeare), la consecuencia fue la misma: una mengua en ese factor decisivo para las relaciones humanas.

Se multiplicaron las cautelas, y aun así no tardó en producirse otra desgracia: “ahora se corrompió el agua potable de todas las naves excepto la de Belisario, cuya mujer Antonina tuvo la previsión de conservarla en ánforas de cristal enterradas en arena en un camarote oscuro de la bodega del navío”.²⁷

Las investigaciones biológicas, históricas y arqueológicas corroboran un rasgo de la descripción de Procopio: los “tumores inguinales” apuntan a aquello que después se llamó peste bubónica. Excavaciones y estudios en restos humanos encuentran viable la hipótesis de que se habría tratado, en efecto, de una enfermedad afín (aunque no idéntica) a aquella que 800 años más tarde se denominó “peste negra”.

Carente en ocasiones de una sólida red conceptual, Procopio describía un hecho entonces asombroso y hoy explicable por las nociones de *creación de anticuerpos e inmunidad de rebaño*: pueblos ya contagiados no volvían a sufrir; en cambio, al regreso de la ola, sucumbían pueblos antes inmunes (esto sugiere que entre unos y otros habría habido pocas relaciones comerciales):

Pues ni isla ni cueva ni montaña, que estuvieran habitadas se libraron del mal. Y si se dio el caso de que por algún sitio pasó de largo, sin atacar a los que allí vivían o afectándolos de alguna manera imprecisa, volvió, no obstante, más tarde a manifestarse de nuevo en ese lugar, pero sin afectar entonces en absoluto a los que habitaban en las cercanías, a los que precisamente había acometido antes con mayor virulencia, y no desapareció del sitio en cuestión hasta haberse cobrado la cantidad exacta y justa de víctimas, que coincidía plenamente con la de los muertos que antes se habían producido entre los que habitaban en sus alrededores.²⁸

Pero, ¿desde cuándo ocurrió todo? Ya vimos que la peste Antonina de Marco Aurelio tuvo tal vez dos momentos. La del siglo VI se presentó en 541 y tuvo un primer declive hacia 549: fueron ocho años de fase muy aguda y una pérdida de población que, según las estimaciones más radicales, alcanzó a un cuarto de la población en vastas zonas de Europa, Asia y África. El vector del mal no habría declinado hasta el siglo VIII de nuestra era.

²⁷ *Idem.*

²⁸ Procopio, *op. cit.*, 261.

¿Y cómo? Esta pregunta se completaba por distintas rutas. Dos cuestiones se imponían: ¿cómo se llegó a esto?, ¿cómo se saldría? El capítulo anterior recordaba que el Imperio romano se preciaba de su organización, visible en una densísima red administrativa. Justiniano giró órdenes y asignó tareas y sobre la marcha cambió un primer destino (los cadáveres iban al mar) por uno más equitativo (se los sepultaba en un sitio a las afueras de Constantinopla).

Y, sobre todo, ¿por qué? ¿Por qué ocurrió todo eso? Un sistema de creencias, una ideología, una cosmovisión, un modelo del mundo, una filosofía sobreviven en la medida en que ofrecen respuestas persuasivas a las preguntas acuciantes de nuestra especie. Procopio y Juan de Éfeso —también testigo y relator— se remiten al enojo divino; escribe el primero:

Para este desastre, sin embargo, no hay manera de expresar con palabras un motivo ni de concebirlo mentalmente, salvo que nos remontemos a la voluntad de Dios. Pues no afectó a una parte concreta de la Tierra ni a cierto tipo de hombres ni se redujo a una determinada estación del año, de donde pudiera haberse atinado con alguna conjetura acerca de sus causas, sino que se extendió por la tierra entera, se cebó en cualquier vida humana, por muy distintos que fueran unos hombres de otros, sin perdonar ni naturalezas ni edades. Y es que la diversidad de sitios donde habitaban y de maneras de vivir, o de condiciones naturales o de actividades que ejercían o de cualquier otra cosa en la que se diferencia un ser humano de otro, eso, sólo en el caso de esta enfermedad, no sirvió de nada.²⁹

Una mente por entero racionalista juzga insatisfactoria la respuesta; en todo caso, al desmoronarse todo parámetro de referencia o no haberse creado todavía, restaba remitirse a Dios, ya entonces con el cristianismo como cosmovisión hegemónica.

Juan de Éfeso vivía cerca de Constantinopla cuando estalló la peste y luego encabezó y sufrió persecuciones por debates sobre puntos teológicos que desencadenaron diferencias político-religiosas. Y es que, apenas se volvió Iglesia de Estado, el cristianismo vio agudizarse los enfrentamientos acerca de sus propias sutilezas, en especial sobre Cristo. Se trataba de una ironía, pues la nueva religión brotó en el contexto del acumulado fastidio y el dolor de una vasta mayoría ante las destrucciones surgidas de las guerras: hacia el siglo cero la especie humana sumaba suficientes saqueos, hambrunas, pestes, narcisismos de caudillos, conquistas

²⁹ *Ibid.*, 259.

y reconquistas, despojos y otros latrocinios, y buscaba soluciones a las pérdidas personales, familiares y comunitarias que se desprendían de múltiples conflictos bélicos por todos los puntos del mundo conocido.

El Imperio romano —ya lo recordamos— ofrecía respuestas mediante un orden legal y una burocracia que en las mejores épocas fungió como un aparato administrativo sólido y permitió que un amplísimo territorio funcionara pese a la distancia, a las pugnas en Roma y a desaciertos de emperadores. El tema, por lo demás, tenía otra cara: el aparato se volvió lento, pesado, laberíntico y muy conservador, entre otras razones para controlar las ambiciones imperiales de líderes locales.³⁰

Un serio porcentaje de las guerras ha consistido en empeños conquistadores para imponer un modelo de gobierno y consolidar —como ya recordábamos— una base productiva:

TRABAJO (POBLACIÓN DISPONIBLE) X TIERRAS (Y CAPITAL) X ORGANIZACIÓN =
RIQUEZA

Durante sus seis siglos de vida, los vándalos se dividieron en numerosos grupos que a su vez se partieron en otros tantos y luego se reunificaron y más tarde volvieron a separarse entre batallas y bajo el mando de reyes ávidos de crear una dinastía y muy pronto dispuestos a deshacerse de posibles competidores. Oscilaban entre el arrianismo (Jesucristo fue creado) y la ortodoxia (Jesucristo fue engendrado, no creado), según lo dictaran las coyunturas, y sólo fueron fieles a su paradigmático proceder violento. Tras la cobarde huida en 534 de su rey ante Belisario, muy cerca de Cartago, cualquier observador perspicaz entendía que las purgas internas y los salvajismos externos nunca fundarían un imperio perdurable: el control vándalo del norte de África y de algunas zonas mediterráneas persistió apenas un siglo y desapareció por completo luego de aquella derrota, que

³⁰ P. Neville Ure, *op. cit.*, 115 y ss. Este historiador considera a los defectos de la burocracia un factor en la caída del Imperio. El rechazo a los cambios era tan fuerte que, en su enojada *Historia secreta*, Procopio no encuentra otro sustantivo más contundente contra Justiniano que el de “innovación”: “Cuando el desilusionado Procopio se volvió contra el emperador y escribió su *Historia secreta*, ‘innovación’ es la palabra que en sus momentos de más negro abatimiento utiliza para reprochar al emperador” (165). Como personaje de Jorge Luis Borges, Procopio escribió una historia visible y una invisible, esta última de rigurosa edición póstuma.

en cambio consolidó el Imperio romano de Oriente, bajo la égida civil y religiosa de Justiniano.

Era la hora de un nuevo capítulo de la extensa búsqueda de la *pax perpetua*, acaso ahora sí, por fin, el último, el inagotable. En 533 Justiniano había publicado su *Digesto*, oportuna síntesis de las principales reglas de convivencia. El historiador británico nos recuerda que ya para entonces Roma llevaba más de 900 años escribiendo leyes: ni un Kafka latino, centenario, hubiera podido leerlas, entenderlas, aplicarlas todas. Se imponía una síntesis. Además, por primera vez la cristiandad y el Imperio confluían en un *Corpus* magno: el *Corpus Iuris Civilis*. Se trataba de una oportunidad limítrofe para mantener aquel Imperio que acababa de reconquistarse: una suerte de Unión Europea, de Estados Unidos o quizá de Naciones Unidas o Pueblos Reunidos bajo un emperador, una burocracia, una Iglesia y un *Corpus* como conjunto de reglas para las múltiples mediaciones necesarias.

Entonces apareció la peste. El equilibrio era tan precario que cuando el mismo Justiniano enfermó, las intrigas cortesanas estuvieron a punto de destruir —en horas— lustros de lucidez y sangre invertidas.³¹ Se recuperó. Aun así, el Imperio dependía a tal punto de él que, a su muerte años después, Bizancio comenzó una vertiginosa decadencia.

Volvamos a una pregunta inicial. ¿Por qué? ¿Por qué se produjo la peste? Hay indicios de que —como sugeríamos— un comercio tumultuoso sin ágiles y eficientes controles sanitarios podría haber hecho más amplia la red de contagios. La milenaria ruta de la seda tuvo un auge durante el Imperio bizantino. En cualquier cargamento podrían haberse transportado los vectores vivos que causaron una mengua importantísima en el primer multiplicando de la riqueza: las personas, justamente.

En su volumen sobre Justiniano, Percy Neville Ure se refiere una vez más a la peste, aparte de la ya aludida intervención de Juan de Capadocia:

El núcleo principal de refuerzos de Constantinopla no había llegado todavía, y al comienzo del solsticio de verano (538 d. C.) la ciudad se vio

³¹ Escribe Procopio: “En resumen, era totalmente imposible ver a nadie en Bizancio vestido de clámide, en especial cuando vino ya a enfermar el emperador (pues también a él le salió un tumor en la ingle), y en la ciudad que tenía el poder sobre todo el imperio romano, todos permanecían tranquilamente en casa cubiertos con mantos en calidad de simples particulares” (*op. cit.*, 269).

invadida por el hambre y la peste (vi. iii. 1). De nuevo encontramos la red imperial de información funcionando de manera deficiente.³²

Toda historia incluye polos en atracción y rechazo, como las puntas de dos imanes. El ser humano y los cuerpos públicos se mueven entre la unidad y la diversidad. El Imperio romano buscó ser *uno* dentro de distintas diversidades étnicas, lingüísticas, políticas, religiosas, económicas, desde luego sociales. Los vándalos son un modelo de rechazo a la unidad desde pequeñas y aguerridas hegemónicas que por corto tiempo ocuparon Roma y amenazaron Constantinopla. Los vientos de guerra —las tempestades de acero— impedían que se pusiera más atención a las precauciones indispensables para el flujo de personas y mercancías.

Unidad, diversidad. Los siglos XIX y XX se entretuvieron redescubriendo polos fundadores: el Apolo-Dionisio de Friedrich Nietzsche, el Eros-Tanatos de Sigmund Freud. Nuestra especie titubea entre pulsiones de vida y de muerte. Mientras buscábamos las mejores formas de gobernarnos, desde las ciudades-estado griegas hasta el imperio latino o bizantino, desde las democracias hasta los caudillismos carismáticos, fuimos creando poco a poco las ciencias médicas como el máximo ejemplo de los impulsos por la vida.

Entretanto, un mismo historiador cumplía las múltiples tareas de analista clínico, demógrafo, periodista *avant la lettre* y testigo de los estragos para la economía:

Pero cuando el tumor conservaba su primer aspecto, entonces era cuando sobrevenían los procesos malignos que acabo de mencionar. En algunos casos también se desecaba el muslo y, aunque el tumor se inflamara, no había nada de supuración. A otros que sobrevivieron lo que les sucedió fue que la lengua no les quedó ilesa, y siguieron con vida pero balbuciendo o hablando con dificultad y de manera ininteligible. Pues bien, la enfermedad estuvo cuatro meses infestando Bizancio y durante tres de ellos se manifestó con especial virulencia. Al principio morían en número un poco mayor que el de costumbre, después las pérdidas fueron elevándose progresivamente, para luego alcanzar una cantidad de cinco mil víctimas al día, hasta llegar a diez mil o incluso más.³³

Cesaron todas las actividades y los artesanos abandonaron sus ocupaciones y los demás trabajos que cada cual tenía entre manos. Y, así, en una ciu-

³² P. Neville Ure, *op. cit.*, 45.

³³ Procopio, *op. cit.*, 266.

dad sencillamente sobrada de toda clase de buenos productos, el hambre retozaba a rienda suelta. Por supuesto, tener bastante pan o cualquier otro alimento parecía una cosa difícil y extraordinaria, de tal manera que en el caso de algunos enfermos el trágico desenlace de su vida fue, manifiestamente, prematuro debido a la falta de artículos de primera necesidad.³⁴

³⁴ *Ibid.*, 269.